

Ensayo

Del “levantamiento de venganza” a la “fraternidad” masferreriana. El 32 según Cristóbal Humberto Ibarra

*El comunista habla de degollar [y] suelta su levantamiento de
venganza. Salarrué (1932-1935)*

*Preguntó un cabo de Hacienda [...] si no ofrecía tierras a sus
camaradas campesinos [...] y si no le habían oído prometer
que descabezando [degollando] a Don Fabián Rodríguez
se quedarían ellos con El Sauce. Cristóbal Humberto Ibarra,
Tembladerales (1957)*

Rafael Lara-Martínez

Antropólogo Tecnológico de Nuevo México
soter@nmt.edu

Luis Borja

Universidad de El Salvador, Santa Ana
lualbo23@hotmail.com

Resumen

“Del “levantamiento de venganza” a la “fraternidad” masferreriana” estudia una novela olvidada sobre los eventos de 1932 en El Salvador: *Tembladerales* (1957) de Cristóbal Humberto Ibarra (1920-1988). A diferencia de otros relatos históricos, la atención de Ibarra no se centra en el Occidente del país donde ocurre el levantamiento y la represión militar. La novela describe la vida diaria de una hacienda en La Herradura, en el Departamento de La Paz. La propiedad se convierte en modelo de concordia entre los colonos indígenas, el mayordomo estadounidense que los dirige, el dueño de la hacienda y las autoridades municipales y militares de la zona. Al desarrollar un mínimo vital para los trabajadores, El Sauce se vuelve el paradigma de una nación salvadoreña en búsqueda de un modelo ideal de reconciliación. Por suponer que un conflicto social se resuelve por un acuerdo de paz —una colaboración o un compromiso— la novela de Ibarra merece el olvido de la historia. La historia se halla siempre bajo tachadura.

Palabras clave: El Salvador 1932, colonos indígenas, municipal, historia.

The “lifting of vengeance” to “fraternity” masferreriana the 32 by Cristobal Humberto Ibarra

Abstract

“From the “Revenge Uprising” to the Masferrerian “Fraternity” studies a forgotten novel about the 1932 events in El Salvador: *Tembladerales* (Shaking Lands,

1957) by Cristóbal Humberto Ibarra (1920-1988). In contrast to other historical narratives of the events, Ibarra does not focus his attention on the Western part of the country, where the revolt and the military repression occur. The novel describes the daily life of a hacienda in La Herradura, in La Paz Department. The land property is transformed into a model of covenant between Natives workers, an American administrator, the owner, and the local authorities and police. By assuring a vital minimum for the workers, El Sauce becomes the paradigm of a Salvadoran nation in search of an ideal project for reconciliation. Presupposing that a social conflict is solved in a peace agreement —a collaboration or compromise— Ibarra's novel deserves oblivion in the 21st century. History is always under erasure.

Key Words: El Salvador 32, Indigenous settlers, municipal, history.

Historia, ciencia del tachón

Los hechos —1932— no fijan el problema esencial de la historia. En el siglo XXI, el problema neto lo determina una memoria arbitraria, pero viva. Caprichosa, sólo escoge los documentos primarios que le convienen a una reconstrucción razonada del pasado. Las fuentes que contradigan la lógica de tal enfoque científico se ignoran. La ciencia comienza con un borrón.

Una quema inquisitorial de los archivos nacionales guía la memoria de quien escribe historia al tiempo presente. En las cenizas se halla el primer documento que la historia fundamentalista acalla. La tachadura la legitima como proyecto de las ciencias sociales.

Este enero de 2013 consta que la novela *Tembladerales* (1957) de Cristóbal Humberto Ibarra (1920-1988) jamás la cita un solo historiador como visión de 1932. Quizás la menciona uno solo; un puñado al margen.

Su exclusión resulta obvia. La versión de los hechos no se corresponde con los simulacros acreditados de la historia nacional.

La ley de la historia es implacable. Lo molesto se tacha y se olvida.

I. "Fraternidad" popular

Hay una obediencia de los colonos indígenas a su mayordomo blanco y a su patrón, el

"noble" hacendado criollo. En alianza indisoluble, los tres grupos colaboran para fundar un modelo masferreriano de hacienda, pese a su jerarquía social y racial.

Leales al presidente, el general Maximiliano Hernández Martínez (1931-1934; 1935-1939; 1939-1944), el gobernador estatal y el ejército apoyan tal acto de nobleza cívica. En su conjunto de "pueblo unido", todos los segmentos sociales edifican un ejemplar de nación en "espíritu cristiano y cooperativo" (Gallegos Valdés, 1980).

El imaginario de nacionalidad lo implementa una hacienda modelo en la zona paracentral de El Salvador, en el departamento de La Paz. Su paradigma reduce la "influencia comunista" de "propagandistas extranjeros" en el Occidente del país.

La hacienda ofrece el prototipo de un mínimo vital y bienestar: vivienda, alimentación, salud, educación y justicia generalizada. La historia reniega la existencia de tal modelo cooperativista conservador, en el cual se alían el ejército, el estado, los colonos y los hacendados. Habría comunidades de base campesinas ligadas al proyecto del martinato como alternativa al levantamiento de enero de 1932.

Al escritor comprometido, Ibarra, no le importa la manera en que lo anule la historia al reinventar el pasado. Le importa dejar

constancia testimonial de hechos generosos, pero tristes, que el futuro se encargará de borrar.

Con suma maestría, el siglo XXI tacha el tema central de la novela de Ibarra. Se trata de la oposición entre dos paradigmas populares: Oriente/Centro-cristiano-masferreriano-fraternidad cristiana vs. Occidente-comunista-destructivo-vengador (véase: "Mi respuesta a los patriotas (1932)" de Salarrué quien acusa a los "comunistas" de "degollar", es decir, de criminales; la idea de "levantamiento de venganza" aparece en "Balsamera (1935)"). A la acusación salarrueriana de un "levantamiento de venganza" —que impone "la justicia" al "degollar"— Ibarra contrapone una "fraternidad" de cooperación y de obediencia.

Somos polvo y ceniza. Sólo una campaña política nos resucita de la miseria... Somos olvidado... Tal es el testimonio de Ibarra.

ACTA DEL JURADO

En la ciudad de San Salvador, al 29 de noviembre de 1956, reunidos los infrascritos, Miembros del Jurado para Novela y Cuento del Segundo Certamen Nacional de Cultura, procedimos a la discusión de 18 Novelas y 11 libros de Cuentos que se presentaron, y luego de un extenso cambio de impresiones, resolvimos por unanimidad no otorgar el PRIMER PREMIO. En cuanto a la adjudicación del SEGUNDO PREMIO, dos obras reunían a nuestro juicio méritos para merecerla, las cuales son: Los Dos BRUJITOS MAYAS y TEMBLADERALES.

Los Dos BRUJITOS MAYAS, que el autor llama cuento-novela, es un desarrollo del Popol-Vuh, realizado en un estilo necesariamente lento, aunque a menudo lleno de aciertos en detalle. A través del libro, los héroes de la mitología Maya-Quiché van conociendo valor y fisonomía de una realidad humana y artística indiscutible, sin el esoterismo del Popol-Vuh, y en una atmósfera y ambiente hermosos, de acuerdo con el sentido de aquél, mas constituyendo también una ampliación y recreación indudables del texto Maya-Quiché.

Esta obra sería una aportación valiosa en la literatura latinoamericana. La circunstancia de no ser, por condición obligada, una creación substancialmente original, sin embargo de sus méritos, nos llevó a no concederle PRIMER PREMIO.

TEMBLADERALES: desarrollada en líneas generales con acierto y conocimiento del material con que se ha elaborado. El autor logra muy seguramente crear un ambiente; describe el paisaje y maneja diálogos y situaciones con habilidad y sentido dramático, a más de llevar el asunto en desarrollo hasta el final que se propuso. Sin embargo, la inverosimilitud de ciertos pasajes de la novela, que no encajan con la índole realista de la misma, le restaron posibilidades de obtener el PRIMER PREMIO.

Es así que declaramos a esas dos obras merecedoras cada una de un SEGUNDO PREMIO.

Nos parecieron también dignas de ser publicadas otras tres obras: HISTORIETAS DEL VALLE, conjunto de cuentos en que hay algunos sobresalientes.

DOCE CUENTOS DE SOLEDAD AMOR Y LOCURA, libro escrito con gran conocimiento de la técnica moderna.

TIERRA DE INFANCIA, novela de gran sabor poético.

Lic. Flavio Herrera Lic. Fabián Dobles
Dr. Alberto Rivas Bonilla

(Nótese cómo los juicios críticos de una época quedan en el olvido. En 1957, la obra de Ibarra califica con mayor valor literario que la de Claudia Lars. Pero el siglo XXI tacha adrede tal evaluación para invertir su relevancia. Sería insignificante la manera en que los agentes históricos juzgan su vivencia y acontecer. La "verisimilitud" histórica se alcanza hasta que la sociedad contemporánea corrige el juicios de los muertos y los formula a su arbitrio. Los inventos actuales del pasado restauran la verdad de la experiencia de los antepasados difuntos, quienes ignoran los

hechos de su propio historia. Desconocen su vida hasta que la ciencia del siglo XXI se la revela como "verosímil". Por tal razón, en su doble error formal y factual, la novela de Ibarra la descarta la historia literaria nacional y la historia social del 32 en el siglo XXI. Nótese también cómo el indigenismo literario, urbano salvadoreño, considera un legado guatemalteco, maya-quiché, de mayor relevancia que el suyo propio, el náhuatl-pipil, cuestión vigente en la cultura oficial del 2012 por razones comerciales).

II. Ibarra y el compromiso

Ibarra se desempeña como miembro destacado del Grupo Seis y de la Generación del 44, según Juan Felipe Toruño (1958) y Luis Gallegos Valdés (1989, cita a Matilde Elena López). De tal compromiso se esperaría que denuncie la dictadura del general Martínez, como lo declara David Escobar Galindo (1982) sin una lectura seria de su visión del 32: "se une al clamor antimartinista. Luego" Ibarra cambia de derrotero.

Pero la demostración histórica resulta un acto fallido. Los "ecos rebeldes" propulsan "gritos" de "protesta" distantes en el tiempo (1945) y en el espacio (Guatemala). "Los terrenos de la protesta" y "la llama de nuestra revolución" no se blanden contra el general Martínez. Se esgrimen contra "Osmín Aguirre y Salinas" (octubre de 1944-marzo de 1945). Pese al lugar y a la fecha, "San Salvador, 1943", sólo la lejanía hace pública la "ausencia y presencia de Mario el fusilado (A Mario Zapata, maestro mío en el año 31)".

Por tal razón —porque la ciencia de la historia encubre el pasado— Gallegos Valdés y Toruño son estrictos al aplicar el método. Acallan toda la actividad política y literaria de Ibarra durante los trece años del martinato. La narración de los hechos comienza a posteriori, en 1945, en "el destierro" guatemalteco.

Lo mismo sucede con la historia de la colaboración con el martinato, aquella que los libros

de historia censuran. Los museos capitalinos la exhiben en el silencio de su mecenas original. Hay que eximir a todos los intelectuales de prestigio de su colaboración con los regímenes políticos que el siglo XXI condena.

Una exención tal se hace de José Mejía Vides, Salarrué, etc. En nombre de la creatividad artística cualquier afrenta de colaboración se dispensa. Para hacer historia científica hay que borrar el compromiso político de los autores clásicos. Y tal cual lo testimonia Ibarra, también debe tacharse la colaboración del pueblo.

III. El eterno retorno de lo mismo

En su revolución sinódica, el siglo XXI repite los "ecos" del pasado al silenciar la historia intelectual de la colaboración. En más de medio siglo de historia cultural —*Tres cuentistas* (1955) y Toruño (1958)— nadie documenta ciertos hechos para inventarlos a la imagen y semejanza del presente (véase: Bibliografía mínima al final).

Interesa que los fundadores del arte y de la literatura nacional sirvan de apoyo a una actualidad en crisis política y en crisis de valores (la idea de "crisis" proviene de Ibarra). Sólo a los militares se les acusa de vejámenes. Pero a quienes colaboran con su causa —arte, literatura, religión, etc.— perviven en la memoria como modelos ejemplares de la renovación cultural. En la actualidad, los intelectuales forman parte de un canon nacional que repite los hechos sin historia documentada.

El silencio es síntoma de una angustia del siglo XXI. Una misma figura —Miguel Ángel Espino, por ejemplo— trabaja para el general Martínez y defiende su causa indigenista en México en 1932. Luego se juzga antecedente intelectual del 32 y revolucionario por su novela *Hombres contra la muerte* (1940-1942 y 1947 (corregida)). En Espino, el acto anti-imperialista se juega en la represión del 32 por la defensa de la soberanía. Tal acto de autonomía lo reitera

la misa de campaña en el "portón de catedral para bendecir al Gobierno, Cuerpo del Ejército, Guardia Nacional, Guardia Cívica y Cuerpo de Policía General, por su noble y patriótica actitud en defensa de la sociedad salvadoreña" (*El Día* y *Diario Latino*, febrero de 1932).

Una misma figura —la plástica de Salarrué— celebra la fundación anti-imperialista del ejército salvadoreño, en el Museo de Historia Militar de San Salvador, para que luego su obra se exhiba como ejemplo de lo apolítico y de lo espiritual en otro museo (Sala I. Capitán General Gerardo Barrios). Su cuadro "La conquista" —que le regala al coronel José María Lemus (1956-1960)— remeda el acto heroico del mítico Atlacatl, el mismo gesto que el Batallón Atlacatl repite en los ochenta en defensa, otra vez, de la soberanía nacional. En un país donde el pasado no pasa...

No interesa quién enarbole la verdad y la justicia. Interesa que los mismos hechos del pasado, los hermanos enemigos los evalúen según su juicio particular antagónico. Interesa que ambos polos políticos se ignoren, salvo al enfrentarse en campañas electorales o armadas. Interesa que cada versión opuesta se pretenda única y verdadera. Interesa la construcción de simulacros de la historia, de altares o de *logos epitaphios* en nombre de las ciencias sociales.

En la búsqueda freudiana —rulfiana— de figuras paternas difuntas, la historia encuentra su verdad. A su reverso, los patriarcas se vuelven chivos expiatorios —tal cual el general Martínez— causantes únicos del malestar social.

IV. El proyecto masferreriano de nación

IV. I. Del derecho a testimoniar

Tembladerales refiere la historia de una hacienda, El Sauce, localizada en La Herradura, Departamento de la Paz, El Salvador, a los albores de la revuelta de 1932. Se juzgaría un

testimonio ya que la "narración [no sólo] es autobiográfica" (Gallegos Valdés). También rescata la opinión de los colonos, caracterizados como indígenas. "Indio puro"; "raza india", etc.

Pero tal término la ortodoxia se lo reserva para sí, como si la justicia de género literario admitiera distinciones estrictas. Antes de los sesenta no habría representación de una vivencia, ni derecho a la deposición de un testimonio (véase: superstición, "dar testimonio después lo [...] abolido", E. Benveniste, *Vocabulario*, 1983). Dudo que una generación sea el "juez-árbitro" de toda la historia salvadoreña (*arbiter*, "el testigo" único y el juez, E. Benveniste, 1983)

La justicia poética que ejerce el "testimonio" le niega el carácter de ser humano —de *zoon logos ejon*— a toda persona que no milite en la causa revolucionaria. Se trata de una flagrante bestialidad animal que se le atribuye al oponente político, sin derecho a la palabra. Se le niega expresar su vivencia en la escritura. Pero no existe ningún proyecto de democracia sin diálogo con el otro, pese al desacuerdo frontal.

Sin aceptar tal ortodoxia degradante, el recolector del testimonio se llama Humberto Rodríguez. Es nieto del hacendado, Fabián Rodríguez, "el abuelo común de todos los saucedanos". Su estirpe justifica la gesta de "nuestra emancipación en la aventura libertaria de 1811" la cual, por insinuación, se repite en los treinta. En un país donde el pasado no pasa...

Se repite en 1932 al celebrar el centenario de José Matías Delgado en la Universidad Nacional. El Alma Máter sella un pacto cultural entre las autoridades estatales, las universitarias y los intelectuales de prestigio como Francisco Gavidia, Salarrué, etc.

El recolector del testimonio posee una rai-gambre "libertaria" ancestral. Como en toda vivencia testimonial, la narración pone en palabras hechos que se observan en la vida diaria.

La narración la justifica la experiencia cotidiana en la hacienda desde niño.

Pero el relato sucede durante una corta permanencia posterior. Debido a la enfermedad del abuelo, el narrador asume el control administrativo del trabajo agrícola (acaso de "mayo" de 193X a enero de 1932). Su estadía corresponde a un actividad similar al trabajo de campo.

IV. II. El testimonio de una hacienda

La historia de la hacienda relata "la liberación del campesinado" indígena. Su avance socio-político lo realiza un norteamericano con el apoyo del propietario. Se llama Garth quien, luego de luchar contra los nazis, emigra a El Salvador. Su liderazgo insinúa el enlace del anti-comunismo al anti-nazismo por una filosofía pacifista y de derechos a los trabajadores.

A él se le atribuyen dotes extraordinarios. Representa a un héroe mítico, civilizatorio. Desciende de las tierras frías nórdicas hacia el trópico húmedo para redimir a los colonos.

Ejerce el oficio de curandero y los peones lo nombran "el milagrero". Cura de "asma crónica" al campesino Valentín Chanta con "mantequilla de masacuata", en el poder que posee sobre un animal simbólico de la tierra. En los mitos náhuat-pipiles, la serpiente es la personificación animal de la tierra. El extranjero conoce los secretos de la tierra y se apropia de su riqueza medicinal y agrícola.

Garth civiliza a los colonos indígenas a nivel técnico, ético y educativo. Introduce un tractor. Implementa una agricultura racional normada por la tecnificación moderna y por el uso productivo de la tierra.

Inculca una ética del trabajo y de la justicia social. Aparta a los colonos de su "afición al trago y a los dados". Por "el deseo de trabajo" sabe que se evita la "sublevación" en quienes "todo lo tienen".

"En El Sauce se llevaba la vida más ordenada de la costa". Aun si el nombre de Alberto Masferrer (1868-1932) no figura en la novela, su proyecto se aplica casi al pie de la letra en la hacienda. En el plano de la salud, "el patrón regaló un botiquín de los más caros" y "funda un banco de sangre".

"También el alcalde Varela [...] surtió la escuela con bancos, cuadernos y lápices". "La tierra había frutecido" como "una ilusión florecía en el alma" de los colonos. El Sauce se vuelve ejemplo de todos los "finqueros". Las "verduras" crecen como "la esperanza".

Además, "Garth venía realizando un activo programa de enseñanza". Y su futura esposa, "Teresita Lamas, estaba educando una generación avispada". En la escuela se asegura que "la leche para el servicio jamás faltaba en casa". Como el estadounidense civilizador, ella también es blanca en distinción racial neta con los colonos.

La hacienda entera funciona tal cual una "comunidad [...] llamémosle mejor fraternidad" que respeta "la parte del patrón" sin afán de los colonos por la "acumulación". "No hay dirigentes. Ellos no quieren ricos pero tampoco indigentes".

Les interesa cultivar la tierra. De ella —figura femenina— "toman lo que necesitan y les alcanza y sobra para vivir". "Son padres de la tierra embarazada".

En la relación del hombre a la tierra se vislumbra la cuestión de género y su resolución, más allá de la violencia sexual y doméstica. Ahí, en la tierra, se hallan presentes la Virgen del Adelantado y la Virgen de los Pobres. A cambio de "la violencia y el juego" masculinos, ellas permiten el parto femenino.

Su presencia milagrosa autoriza un reparto equitativo de género. En remedo platónico (*Menexeno*, 228^a, "la mujer imita a la tierra"), la

familia calca a la tierra cuyas "desnudeces paradas [...] hacen parir hasta las piedras" por la actividad del hombre. Por eso "me revuelco en ella [= la tierra y la mujer] —en "la siembra"— como durante el coito con una mujer.

Ambas figuras femeninas —la tierra y la mujer— quedan "embarazadas" por el hombre. "La paternidad" [...] busca con amor la tierra [y la mujer] que habrá de fecundarse". Se trata de la producción y de la reproducción del ser humano. Bajo ese ideal patrimonial, Ibarra recrea una "ficción fundacional" que liga en matrimonio conclusivo al civilizador estadounidense, Garth, con la maestra Teresita Lamas (nótese el peor insulto que una mujer le profiere a un hombre: "maricón"; la degradación de lo masculino la señala la "desnudez" corporal que se le impone al enemigo). .

Con la descripción precedente, no se asientan juicios de valor sobre el paternalismo de la autoridad, el papel civilizatorio de la raza blanca, la obediencia de los colonos a un sistema de patronazgo, la repartición estricta de los papeles de género, etc. Se presupone que hacia la época esas coordenadas culturales caracterizan a ambos polos del espectro político. Un miembro de la generación del 44 las consigna como datos testimoniales.

La descripción resume un ideario político denegado por la memoria histórica del siglo XXI: el 32 en La Herradura. Lo real de lo político no consiste en preguntarse si la reseña de El Sauce resulta objetiva. Lo real lo expresa una utopía. No lo establecen los hechos en bruto, sino una solución ideal posible ante un problema social patente.

Junto a la revuelta en Occidente, existe otro modelo popular tachado adrede por la historia salvadoreña. Lo llamo cooperativismo masferreriano o, según Garth, "fraternidad" de colonos indígenas. He ahí el debate: la existencia de un pueblo indígena dividido en dos o más proyectos de nación justo en 1932. Tal de-

bate el siglo XXI teme enfrentarlo por la quema de los archivos nacionales.

IV. III. El problema social

La novela se inicia con la llegada del narrador a la hacienda del abuelo quien se halla enfermo. La ausencia del patrón crea un vacío que Garth colma según el programa desglosado en el apartado anterior.

Sin embargo, surge un problema. Ante la ausencia del abuelo, las mejores tierras de El Sauce se alquilan para la siembra del algodón. "Mil doscientas manzanas" las arrenda Fernando Villanueva, un comerciante capitalino quien ofrece un pago superior por el corte. "Paga a dos centavos libra y [...] baile por las noches y fiestas" los fines de semana.

Los colonos se entusiasman ante la oferta. Acuden los hombres y "silenciosamente las mujeres". Pero el entusiasmo de los colonos decae ante un engaño.

Villanueva pesa el algodón recolectado a su arbitrio. En una fiesta a la cual invita "a los algodonereros vecinos", entre el whiskey y la vanidad, les declara el secreto de su negocio. "A cada pesada, el grito suyo rebajaba, diez, quince, veinte libras".

Días después, al "cierre" de "los cortes", los colonos se burlan de su astucia. Motivados por el alcohol y la música, "en venganza", actúan una farsa teatral ante "Villanueva [...] el anotador y su equipo de caporales". "Borrachos", los colonos cargan "un rimero de ladrillos bajo el brazo".

Ejecutan el engaño de la pesa y el grito que anuncia las libras colocando un ladrillo para compensar la rebaja. Le revelan "el descubrimiento del engaño a quien creyó engañarlos".

Viéndose burlado, Villanueva enfurece y los acusa de "indios ladrones [...] ¡caitados! ¡Comunistas! [...] una palabra nueva" para ellos.

Lo nuevo resulta de un apelativo político ya que la cuestión étnica —“indios caitados”; “indios brutos”— sigue vigente. Sin presencia del Socorro Rojo Internacional (SRI) ni del Partido Comunista Salvadoreño (PCS), el conflicto étnico y laboral enfrenta a los colonos indígenas con el agricultor capitalino, “agringado” y “afranchutado” como marca de distinción social.

La afición por lo extranjero y al agricultura comercial se contraponen a lo indígena como modelo alternativo de identidad para las haciendas. La idea de lo foráneo la subraya la presencia de comerciantes “turcos” —“maldecía[n] en su idioma”— al igual que la bebida, “el whiskey”, que sustituye “el guaro”, bebida de “hombres”.

Por la burla de los colonos trama la venganza. Se alía al comandante local y aprovecha que “en occidente las cosas están que arden” por “un brote comunista” para lanzar su ofensiva contra El Sauce. La acusación de “comunista” Villanueva la utiliza para lograr el apoyo de la guardia local contra los colonos indígenas.

Primero, “seis policías de hacienda” capturan a tres colonos y los asesinan a sangre fría. En estricta teología de la liberación *avant la lettre*, representan “los tres crucificados de su clase”. También Villanueva intenta violar a Teresita Lamas, es decir, a la mujer-tierra.

Luego, durante “la romería” del entierro, Villanueva amenaza “dispersarlo a tiros”. Urde una matanza a quemarropa que se frustra por la intervención certera de “La Trifulca”, una perra cazadora, fiel a uno de los colonos asesinados. “Ella se ha sacrificado”, ofrecido en “martirio”. “¡Salvó a su gente y vengó a sus muertos!”.

El entierro transcurre “sin el cura” quien, en su alianza con Villanueva, “no podía absolver a descreídos [...] comunistas”. Ibarra describe un conflicto neto entre el párroco local, la religión institucional, y la religiosidad popular de los colonos que asumen las funciones eclesiásticas. “Es el cura el que no nos gusta, no la santa misa”.

Al denunciar el asedio en la Guardia Nacional, Garth queda prisionero. Los colonos se aprestan a reclamar su inocencia y rescatarlo. A ellos se añaden las sospechas del Alcalde Municipal y los comisionados, al igual que “La Herradura entera”. “La gente marchaba a la muerte” hacia la comandancia para salvar a Garth, en acto espontáneo.

Por fortuna, junto al Gobernador Departamental, el hacendado llega en el justo momento como si “teníamos relojes igualitos en el corazón”. Así se evita todo derramamiento de sangre. “El jefe de la Guardia” y “la presidencia de la República [...]” conocían a fondo las malandanzas de Fernando Villanueva”, al igual que el resentimiento del “jefe de la Guardia” local. El retorno del patriarca restaura el orden social cuyo problema no se funda en la estructura, sino en el afán de lucro incontrolable de algunos finqueros malintencionados.

El testimonio de Ibarra revela otro 32. Un 32 que acallado complica las versiones vigentes de la historia. A la colaboración de los intelectuales y de la Iglesia católica con el régimen presidencial del general Martínez se añade el de los colonos indígenas en La Herradura. El Oriente, según Ibarra, no se subleva (estrictamente, sería la zona paracentral). “Tampoco al general Martínez le conviene que oriente se levante”.

Por lo contrario, en la zona paracentral se organiza una cooperación “fraterna” entre los trabajadores agrícolas, la Guardia Nacional, el Gobernador del Estado, los administradores y los propietarios de tierra. Hay una lealtad suprema de los colonos —“usted nos tiene que perdonar”— a su patrón por el mínimo vital que les prodiga.

No habría un solo proyecto popular, salvo de nuevo que *demos* sólo refiera al revolucionario como en el testimonio de los ochenta. Los colonos oprimidos de “Oriente” no serían pueblo/*demos* por obedecer a una alianza que reniega del liderazgo del Socorro Rojo Interna-

cional (SRI) y del Partido Comunista Salvadoreño (PCS).

Tampoco tendrían derecho a autoafirmarse como indígenas ya que, en vez de tomar las armas, se alían con el patrón y el ejército. Ni sus "mártires crucificados" anticiparían una lectura popular del sacrificio cristiano ya que no obedecen a una causa radical. "Muerte cristiana [...] un martirio siempre es una muerte cristiana".

Fuera de todo fanatismo, en el 32 habría dos proyectos populares en pugna: el rebelde "comunista" en Occidente y el leal "cristiano" en la zona paracentral, y el "Oriente" según Ibarra. Sólo una historia que justifica las ciencias sociales como tachadura de los archivos nacionales indeseables, justifica la idea de un solo pueblo unido en rebelión contra el dictador.

Adrede la memoria del siglo XXI olvida la historia de la colaboración intelectual e indígena popular al despegue de una régimen que se consolida por trece años. Su cimiento no se legitima en la simple represión. Lo certifica la colaboración de los intelectuales, de la Iglesia católica y del pueblo en "fraternidad" con sus patronos y con el estado.

Pero ya se sabe. No hay escritura de la historia sin borrón...

V. Conclusiones

En un país donde el pasado no pasa... la historia se repite en ciclos semejantes a las estaciones. Por tal razón no existen testimonios antes de los setenta. Pero la tradición jurídica-literaria de un Hugo Lindo, por ejemplo, ya depone testimonios (véase: Justicia señor Gobernador!, 1960).

Asimismo, Ibarra recurre a la experiencia vivida en una región marginal para escribir su perspectiva sobre los hechos del 32. "Desde niño tenía repasado hasta el último recoveco de la finca...". Pero esa vivencia no califica de

testimonio, pese a anticipar su invención. El testimonio revolucionario no sería sino el eterno retorno de lo mismo, en la denegación de un legado literario que tacha adrede.

No existe una teología popular antes de la que elabora la liberación. Pero Ibarra consigna un ideal pacifista radical comunitario, en comunidades de base de corte masferreriano. Hay un "sacrificio", un "martirio", una "muerte cristiana" de "los crucificados" por el bienestar de la fraternidad entre los colonos indígenas. Si este legado de "predicar el amor" se recicla en las comunidades campesinas de base, es porque "no es tan simple cumplirlo". Cada generación reinventa su experiencia en el olvido del pasado y de una tradición ancestral.

En El Salvador no existe una aplicación del legado masferreriano al problema social. Pero Ibarra testimonia que una teoría similar al mínimo vital se implementa en una hacienda. El Sauce asegura que los colonos reciban una vivienda mínima, una educación primaria, una alimentación básica, etc. En justicia lezameana, las cosechas de la hacienda prosperan como sus deseos.

En 1932 no existe una colaboración sólida entre los distintos segmentos sociales ante el levantamiento en Occidente y su represión. Pero Ibarra asienta que en la zona paracentral se establece una alianza sólida entre los colonos, el hacendado, la gobernación departamental y la guardia nacional. Las bases populares de los trece años de martinato se hallan a la obra desde 1932.

Si en El Salvador algo no existe es un sentido de larga dimensión que admita las raíces del presente. El pasado que no pasa se repite bajo un sesgo político distinto como hecho innovador; cuando la revolución sinódica rige su suceder. El pasado se reitera como brote primaveral que retoña siempre de los escombros violentos de la estación anterior.

Pero si resulta imposible "arrancarse los fantasmas", el legado de los antepasados sigue vivo. Resucita de las entrañas de la tierra para reafirmar su presencia inmemorial, en el eterno retorno de lo mismo. Testimonio, fraternidad indígena, alianza colono-hacendado-ejército, modelo cooperativo de nacionalidad, teología popular, etc. "Esta tierra, mi propia tierra [...] mis abuelos [...] aquí están enterrados" y sus huesos florecen cada primavera...

Cada Día de la Cruz, la tradición se recicla. La tradición imagina una nación como "fraternidad" con un mínimo vital para la totalidad de sus habitantes...

Referencias Bibliográficas

(Nótese que las referencias históricas y bibliográficas sobre Ibarra se inician luego de la caída del general Maximiliano Hernández Martínez en 1944. De esa manera, sus "ecos rebeldes" se mantienen intachables al ocultar toda actividad previa. Casi ningún intelectual asume su colaboración después del descalabro martinista. La historia en boga —los museos salvadoreños— celebra tal colaboración artística sin mencionar la fuente documental de origen).

Gritos: ecos rebeldes. Guatemala: Ediciones Cuscatlán, 1945.

Rilke: claves de su creación. La Plata, Argentina: S/Ed., 1952.

Cuentos de sima y cima. Argentina: Editoriales de los Cuatro Caminos, 1952. Prólogo de Miguel Ángel Asturias e ilustraciones de Vicente Krause. Segunda edición: San Salvador: Ministerio de Educación, 1977. *Tales of Heights and Depths*. XLibris Corporation, 2011. www.XLibris.com. Traductor: José Pax.

Tres cuentistas cuzcatlecos y un peruano: Salarrué, Manuel Aguilar Chávez, Cristóbal Humberto Ibarra [y] Francisco Vegas Seminario. Lima: S/Ed., 1955.

"Dos pasos hacia Alfredo Espino". *Cultura*, No. 8, marzo-abril de 1956: 45-49.

Tembladerales. San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1957 (La Plata, agosto de 1956). 2do Premio en el Certamen Nacional de Cultura de 1956. Segunda edición: 1980. Tercera edición: 1985. "Tembladerales de Cristóbal Humberto Ibarra" (1980) por Luis Gallegos Valdés. Resulta curiosa "la tercera edi-

ción" en plena guerra civil, como si intuitivamente insinuara una solución similar —un acuerdo de paz entre las partes— para el conflicto armado en curso.

Juan Felipe Toruño. *Desarrollo literario de El Salvador*. San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1958: 372-375.

Rubén Darío y Francisco Gavidia: *semilla y floración del modernismo: ensayo*. San Salvador: Ministerio de Cultura, 1958. Segunda edición: San Salvador: Ministerio del Interior, 1976.

Plagio superior: cuentos. Santiago de Chile: Taller de Arancibia Hermanos, 1965. "En 1959 gana los Juegos Florales de San Salvador con "El cuajarón" incluido en el presente título". El libro se publica mientras Ibarra "desempeña el cargo de Primer Secretario y Encargado de Asuntos Culturales de la Embajada de El Salvador en Chile".

Cuentos breves para un mundo en crisis. San Salvador: Editorial Universitaria, 1968.

"Masferrer el poeta y su poesía". *Cultura*, No. 65, abril-junio de 1965: 164-182.

"La virgen leprosa". *Cultura*, No. 68-69, enero-junio de 1980: 72-76.

"Cristóbal Humberto Ibarra ("Elegía de junio (Fragmentos) (1953)" y "La extranjera (1951)")". En: David Escobar Galindo (Ed.), *Índice antológico de la poesía salvadoreña*. San Salvador: UCA-Editores, 1982: 483-492.

"El milagro". *Cultura*, No. 74, mayo-julio de 1987: 153-158.

Nuestro mundo y nuestra crisis: mensaje del licenciado Cristóbal Humberto Ibarra al recibir la medalla "Francisco Gavidia" en el Ateneo de El Salvador. San Salvador: Ateneo, 1986.

Francisco Gavidia: antología de su narrativa. San Salvador: Ministerio de Cultura y Comunicaciones, 1986. Cristóbal Humberto Ibarra (selección y prólogo). Gavidia es el "iniciador del indigenismo" literario en El Salvador.

Luis Gallegos Valdés. *Panorama de la literatura salvadoreña*. San Salvador: UCA-Editores, 1989: 386-391.